



Pregón de la Semana Santa de Puente-Genil 2009

-INTRODUCCIÓN:

Queridos hermanos:

Vuelvo a ocupar este atril de pregonero, pasados 25 años y vuelvo a dirigirme a vosotros con el mismo saludo de entonces. Y es que, aunque el paso del tiempo pueda hacer mella en nuestro físico, y lo cambie casi todo, difícilmente afectará a nuestro mundo interior y, menos aún, a la forma de sentir y manifestarnos.

Es por lo que sigo pensando que el saludaros como hermanos, sin distinguos protocolarios, ni de ningún otro tipo, es lo que sentí en su día y me sigue dictando el corazón, en estos momentos.

Como pretendo ser breve en mi introducción, la limitaré a un matiz obligado y un agradecimiento.

Respecto del primero, una aclaración necesaria. Aunque sea yo el que os hable, no soy autor único de éste pregón colectivo, que se ha fraguado con la colaboración de distintos hermanos de una corporación: La Espina. Todo ello, con motivo de la celebración del cincuentenario de su fundación.

Y, como es de justicia, agradecer en nombre de La Espina a nuestro presentador, Jesús Carmona, tanta palabra bonita, tantos elogios. La verdad es que tiene difícil ocultar, vamos, que se le ve un plumero afectivo hacia nosotros. La cosa está clara; dos hijos suyos son también dos grandes hermanos de esta corporación. Y lo de grande lo digo en el sentido extenso de la palabra, tanto por su altura y corpulencia física como por su grandeza de corazón.

De todas formas sabemos bien, pero que muy bien, que sientes profundamente lo que nos has dicho; así que, gracias, Jesús, por sentirnos así.

Y sin más, entramos en materia.

Aunque la Cristiandad, en general, aunque nuestra Iglesia Católica, en particular, cierre hoy las puertas a la Cuaresma y abra de par en par el pórtico de la Semana Santa, Puente Genil, que no es pueblo de despedidas sino de encuentros, aprovecha esta ocasión para que el espíritu de ambas se manifieste entremezclado en estos días.

Por eso ayer, sábado de Pasión, siendo aún Cuaresma, nuestras calles se vistieron de Semana Santa y la primera campanita trazó su senda sonora para acompañar a la Virgen de Guía y, después de su tumultuoso y emotivo encierro, sorprendimos a la madrugada con el Cristo de las Penas y la Virgen de los Ángeles.

Por eso, también hoy, cuando con palmas y ramas de olivo damos la bienvenida a la Semana Santa, estas mismas calles adquirirán semblante cuaresmero para la última subida a la ermita de Jesús, entre música, luces de bengala y todo el pueblo en la calle, vibrando emocionado con los sonos del “Gloria al Muerto”. Y en los cuarteles, tras la cena, la Vieja Cuaresmera ocultará bajo la falda la última de sus patas.

Está claro, pues, que el mundo de nuestras tradiciones no se rige por inexorables escalas temporales; sino que, únicamente, se somete a los dictados del almanaque del corazón y el reloj del sentimiento.

Así, año tras año, cuando la primavera anticipa su llegada en estas tierras, la vida cambia su esencia, pasado y presente se funden en entrañable abrazo y cuando acontece, las cosas más pequeñas, adquieren una relevancia especial, se sublimizan. El mensaje de amor de Jesús - a Dios y al Hombre – alcanza en nuestras almas su máxima dimensión.

Y esto es algo que se manifestará a lo largo y ancho de los 40 días de cuaresma - 46, con el anticipo al Jueves Lardero - y así hasta llegar al Domingo de Resurrección.

La calle, los cuarteles, los templos, serán auténticos altares de convivencia fraternal y todo el pueblo vibrará de sentimiento, y, sobre todo, agradecimiento, ante el cruento sacrificio de nuestro Redentor.

Este es sin más, el legado que hemos recibido de nuestros mayores que, como en ellos, marcará nuestra existencia, y se trasladará sucesivamente, de generación en generación.

Es, por tanto, nuestra tradición la que nos marca ritmo y forma distintos de entender la vida. Si, como poéticamente la comparó Jorge Manrique con “los ríos que van a parar al mar”... lo que está claro es que en nuestro caso no navegan por el centro del cauce, donde la corriente es rápida y no hay tiempo ni lugar para la contemplación serena y el disfrute de las maravillas que nos rodean. Para que esto sea posible, lo haremos besando los márgenes, en el discurrir lento de las orillas, alcanzando el refugio de remansos quietos donde se fusionan y entremezclan aguas antiguas y nuevas, donde explota la vida y muestra toda su esplendorosa belleza.

Es a este remanso, a este luminoso paisaje que componen nuestra Cuaresma y Semana Santa, al que queremos cantar y exaltar con nuestra palabra, lo haremos de forma sencilla y, a la vez, profunda a través de pequeños hechos que lo conforman, de suaves pinceladas de color que nos llevarán a una mejor visión y contemplación del cuadro en su conjunto.

En el glosario de estampas que ofreceremos, habrá una íntima y constante evocación al pasado, a través de personajes entrañables, nuestras saetas y cantos, escenas de fraternidad compartida, semblanza de nuestras procesiones y la presencia eterna en nuestros corazones de los que caminaron a nuestro lado, que fueron parte de nosotros, y hoy nos esperan y contemplan desde el cielo.

PRIMER CUARTEL:

Hablábamos antes de la tradición como algo que recibíamos del pasado y que hacíamos profundamente nuestro. Tanto que, trascendiendo los límites de la existencia humana, iba transmitiéndose de generación en generación.

Pero este milagro de vida no se produce de forma instantánea, por generación espontánea. Es algo que va surgiendo y creciendo en nuestras almas desde que venimos a este mundo. Desde que, inconscientemente, iban anidando en nuestro corazón sentimientos en torno a las remotas procesiones que, con asombro infantil, contemplábamos y, en ella, sobre todo, las filas de capiruchos, que se nos asemejaban fantasmas con ojos y que tanto nos sobrecogían; sobre todo cuando algunos se detenían, al pasar junto a nosotros, y nos saludaban llamándonos por nuestros nombres. Las figuras, que tanto nos atraían y otras - ay, Jetones; ay, Demonio y Muerte - que tanto pánico nos infundían. También, aquellas voces lejanas que cantaban coplas y saetas, que nos llegaban desde la calle sobresaltando nuestros sueños de niño, en las madrugadas de cuaresma. Luego, las Semana Santa Chiquita, días de la Cruz, en donde éramos protagonistas activos en su celebración; después las subidas, en grupo a la ermita, tras la música de los romanos; luego nuestros primeros encierros...

En fin, una sucesión de hechos que, sin apenas hacerse notar, iban marcando huella en nuestras almas.

Así, todo quedaba preparado para ese salto definitivo que nos integrara en el ambiente mágico en el que nos sentíamos envueltos. Y esto se produjo cuando un ramillete de jóvenes amigos, cansados ya de andar de aquí para allá, dando tumbos, tomó la decisión ansiada de fundar un grupo propio, una corporación.

De ahí a buscar y a encontrar ese recinto destartado y medio ruinoso, el primer cuartel, fue todo uno. En él volcamos nuestras ilusiones juveniles; en él se produjo la entrañable confluencia de sentimientos que llenó aquellos largos atardeceres y noches profundas, que rompían el clarear del día en las ventanas; en él germinó la semilla de amor íntimo a nuestro pueblo, a nuestras tradiciones, y la singular manera de vivirlas.

Retratando aquél espíritu, compuse un día, hace años, un tierno poema que plasma y describe en lenguaje sencillo las vivencias de un sábado de cuaresma en aquél primer cuartel.

Tiene momentos, la vida
que de singular manera
imprimen carácter, marcan
y su recuerdo nos deja
vibraciones de nostalgia,
la sensación placentera
de superar el listón
material de la existencia,
de haber vivido en un mundo
de especial naturaleza
en donde reina el espíritu
y es vasalla la materia.

Vuelo hacia atrás en el tiempo
y evoco viejas Cuaresmas,
mi Pueblo se me aparece
vestido de primavera.
Ya ha perdido la campiña
el frío manto de franela
y se cubre con el raso
verde de la sementera;
el río baja cantando
buscando el puente de piedra
y va meciendo la cañas
que adornan sus dos riberas.
Y en aquellas noches mágicas
de aquellas viejas Cuaresmas,
evoco a viejos amigos
alrededor de una mesa.

El corazón, como un potro
galopando en nuestras venas
ávidos de sensaciones,
de emociones, de vivencias
y buscándole a la vida
sus más íntimas esencias.

El cuartel, varias estancias
desconchadas y sin puertas
que, en nuestro infantil lenguaje
eran, cocina, despensa,
era el cuarto de figuras....
Y ¡ aquella Sala de Juntas!,
testigo de tantas noches

sin fondo de la Cuaresma
y que el transcurrir del tiempo
no desvanece su huella.

Cubríamos sus paredes con
cuadros de imágenes mananteras;
el Nazareno, ocupando
el lugar de preferencia
y al otro lado, colgando
una Vieja Cuaresmera.

Y; si humilde era el recinto,
más sencilla era la mesa;
botellas de medio corcho
alguna tapilla suelta
de tortilla, de patatas,
salchichón o mortadela
y ... claro, para paliar
la penuria de esta mesa
y para empapar el vino,
ochos y pan..., por bandejas.

Cuántas vueltas se le daban
a las mismas cuarteleras
y, cuántos vivas al grupo,
al Terrible, a la Cuaresma.

En medio de tal ambiente
qué corta se hacía la espera
para subir a la Ermita
entre paradas y cuestas.
Antes de salirnos fuera
Decía, grave, el presidente:
Hermanos, es tradición
pararnos junto a la verja
del Convento, y allí cantarle
al Humilde unas saetas.
Y es tradición esa Alondra
cantada frente a la puerta
del cuartel, antes de entrar
para seguir con la cena,
y también es tradición...

detrás de eso, un largo etcétera
de intrascendentes motivos
vestidos de trascendencia.

Según turno, era alpatana
un hermanito cualquiera
y siempre, no sé por qué,
yendo la capacha llena
uvita va, uvita viene...
se agotaban las reservas
y había, entonces, que acudir
a otros grupos de solera
y que siempre, de buen grado
nos ofrecían sus botellas.

De nuevo todos sentados,
de nuevo formando mesa,
volvíamos, ronda tras ronda,
a las mismas Cuarteleras,
monótonas, monocordes
y con la frescura ingenua
del que se entrega al cantarlas,
del que siente, aunque no sepa.

Qué nudos en las gargantas,
qué alegrías, qué tristezas,
qué emociones, qué poesía
llenaban aquellas noches
de aquellas viejas Cuaresmas,
donde, el final obligado era
meterle a la Vieja
la pata correspondiente
dentro de la faltriquera.

Luego, abrazos, nuevos brindis,
canciones de la Cuaresma
y ya, despuntando el día
levantábamos la mesa
con las almas rebosantes
de emociones, de vivencias,
y... un regustillo agridulce,
de sentimiento y tristeza
por relegar al pasado
a un SABADO DE CUARESMA

SAETAS Y CANTOS:

Siguiendo en el mismo tono, vamos a entrar a hablar de nuestras saetas. Y hablar de cuarteras es hablar de recuerdos.

Con un pellizquito en el corazón añoro intensamente aquellas que aprendíamos en las noches de Cuaresma, en cualquier rincón del pueblo o en la distancia, lejos de él, pero sintiéndolo muy cerca en el corazón.

Nuestra saeta ha sido y es una especie de himno de Puente Genil, una fuente inagotable de unión, de fraternidad y, en los nostálgicos rincones de la niñez que evocamos, de intimidad e, incluso, complicidad entre hermanitos. Al calor de sus letras y sencillos melismas ardió la zarza manantera en nuestras almas llenas de juveniles ilusiones. Siempre las mismas y dirigidas a nuestros Santos Titulares. Eran el vínculo que nos unían en nuestras subidas al Calvario, entre furtivas uvitas. Eran la mejor forma de recordar a nuestro pueblo en la distancia.

No importaba que las facultades fueran pocas; solo exigían sentimiento al cantarlas. Aunque siempre había un hermano que destacaba por tener mejor oído o retentiva y que era nuestro guía y modelo. Era quien portaba el estandarte del grupo donde pretendíamos ser una corporación de fuste, fundamentalmente en los encierros, en los Vivas de las procesiones.

¿Cuántas rondas, alrededor de una botella y el golpear de los cirios en el suelo, habremos cantado? ¿Cuántos hijos de nuestro pueblo, perdidos en la noche de las distancias, habrán entonado una fugaz cuartera a la que sólo ha respondido el viento?

Y es que a la cuartera la sentimos tan nuestra como el río. Tan nuestra y tan especial que se canta de forma dialogada, con la participación de todos y con un acompañamiento de tambores secos, roncós y lentos, exclusivos de Puente Genil.

Aquella saeta, aquel dardo que los Franciscanos crearon para traspasar el corazón del creyente, se convirtió aquí en un flechazo de nostalgia compartida. Y ésta adquiriría su expresión más elevada cuando cantábamos a coro *La Alondra* o *La sangre*, llenos de fervor manantero. Es la saeta coreada, recurrente en los momentos en que nos sentimos inundados por la emoción. Y florece, de forma singular, en el amanecer del Viernes Santo, para cantar a la Virgen de los Dolores y a Jesús Nazareno. Curiosa y tradicionalmente, sólo a ellos.

Por eso, en homenaje a aquellos años de sueños, de proyectos de hermandad, de unión inquebrantable de almas todavía cándidas e idealistas, de esos niños que fuimos y que nunca debíamos de dejar de ser, sobre todo en lo que se refiere a nuestros sentimientos de amistad y fraternidad, quisiéramos aportarles, a nuestros niños de ahora, este humilde canto a la Virgen.

De angustias y de quebranto
perdió la luz su mirada
cuando aquel Cadáver Santo
la dulce Madre Sagrada
recogió sobre su manto.



EL CAMPANITA:

Cuando llega la cuaresma y, al entrar al cuartel, nos sorprende el ver un patio luminoso y encalado, con macetas donde la primavera asoma sus primeras sonrisas de color, y vemos también que todo lo demás — despensa, cocina, mesa — está dispuesto y a punto...

Cuando las corporaciones salen a la calle, a ese enorme cuartel a cielo abierto que es Puente Genil en Semana Santa y Sábados de Cuaresma y en los itinerarios paramos para atemperar emociones y celebrar fraternales encuentros entre corporaciones, y necesitamos brindar con el vino generoso de nuestra tierra, eje articulador de estos sentimientos compartidos...

Cuando, en la procesión, vemos brillar oro y color en los pasos, filigrana de plata y seda en los palios, encajes y bordados, fragancia y estallido de color en las flores...

Cuando, al contemplar el doloroso y dulce caminar de Jesús y María, nos parece como si, milagrosamente, estas imágenes tuvieran vida y movimientos propios...

Cuando todo esto acontece, no hacen falta preguntas ni respuestas. Todos sabemos quienes son los que dejan el ambiente servido a sus hermanos; quién es el que nos asiste en la calle con el vino y la copa; quién se ocupa del ornato de los pasos y quién de llevar con amor y alegría el peso de las imágenes sobre sus hombros.

Todos conocemos y, todos agradecemos en el alma, la labor de esos personajes generosos que sin asomar, en la sombra, son piezas claves en el latir y el sentir de nuestras tradiciones.

Pues bien, entre ellos hay un personaje singular que en Puente Genil se le conoce con el mismo nombre del instrumento que porta y toca: Campanita. Sin su asistencia, sin su concurso en la procesión, se daría una incomprensible sensación de vacío.

Porque, en nuestra Semana Santa, es el reclamo que nos convoca, reloj que marca los tiempos de entrada y salida, guía que dirige el trayecto. Es, con su sencilla e ingenua presencia, auténtica alma de la procesión.

La evocación de este pequeño gran personaje la sitúo en la tarde del Miércoles Santo. Aquella campanita que abría las Semanas Santas de antaño, que tanto nos emocionaba entonces, que tanto, sin más explicación, continúa emocionándonos ahora, al situarnos entre la Concepción y el Convento y, mientras se va configurando un bello y tierno espectáculo de luz, sonido, color y sentimiento, la campanita va abriéndose camino calle arriba, iniciando la procesión.

Mientras cae lentamente
la tarde, el Miércoles Santo,
mientras el sol en poniente
entona un dorado canto
de luz, y por el oriente
la noche tiende su manto
de sombra, la devoción
popular y el sentimiento
se desbordan, al momento
de salir la Procesión
en la Plaza del Convento
El pueblo, fiel a la cita
y fiel a su tradición
es como un gran corazón
que, emocionado, palpita
envuelto en el son pausado
constante y acompasado
tin- tan de la campanita
Es el latir especial
de un corazón de metal
que en nuestras almas levanta
con su sonido, emoción
nostalgia y evocación
sabor a Semana Santa

Y ¿quién toca esta campana,
quién es ese hombre sencillo
de mirada ingenua y sana
que asoma bajo un capillo?
En el fondo, es un chiquillo
y su mente, la de un niño
sin apenas dimensión,
no es una limitación
le sobra con su cariño,
su constancia y su tesón

Toca y toca sin parar,
el brazo balanceando
mientras se van dibujando
en la calle de Aguilar

dos filas de luminarias
que brillan para enmarcar
una escena singular
de belleza extraordinaria

Y, sin parar de tocar
se gira para mirar
tan entrañable visión
que acelera el palpar
tierno de su corazón.
Ve a Jesús, con humildad,
lavar los pies a Simón.
Luego, suplicar al Padre
sudando gotas de sangre
si le es posible apartar
el cáliz de la Pasión,
Detrás, sentado y paciente
con la mirada perdida
espinas vivas e hirientes
coronándole su frente
y la espalda malherida.
Y ve a María, con ternura
caminar siempre a su lado
entre el dolor y la gloria
pues llora con amargura
y celebra la victoria
de Jesús sobre el pecado

Visión que en su alma suscita
una dulce evocación
que le impulsa, que le incita
a tocar la campanita
con renovada ilusión.
Sigue, así, su cometido,
tin-tan, una y otra vez
y recuerda conmovido
con el ánimo encendido
los años de su niñez

cuando a esta escena asistía
y allí, desde su rincón,
que sana envidia sentía
del que, en aquella ocasión,
la campanita tañía.

Y desde entonces, vivía
soñando con el momento
feliz, en que lograría
algo que anhelaba tanto
tocar el Miércoles Santo
en la Plaza del Convento.

De aquí su inmensa alegría
al verse en esta misión
el orgullo y la emoción
que ahora su pecho le agitan
con la dulce sensación
de que, al ser Campanita,
es el reclamo, es el guía....
y ¡alma de la procesión!

LA VUELTA AL CUARTEL:

Situamos ahora la escena en las noches del Miércoles Santo, cuando la procesión, camina calle Aguilar hacia arriba y los pasos van entrando lentamente en la Matallana, rodeados de sus hermanos y entre filas de alumbrantes. Y allí son acogidos por la devoción del pueblo que los contempla con amor y sobrecogimiento.

En el cielo, la luna llena. La misma que alumbraba y servía de referencia en la celebración de la Pascua Judía; la que, en aquella trágica noche, sembró de claroscuro el Huerto de los Olivos; la que proyectó la sombra de Jesús sobre el suelo y las tapias de Jerusalén, cuando lo conducían preso; la que iluminó la columna donde lo azotaron y la piedra donde lo sentaron mientras esperaba que lo cargaran con la Cruz.

Esta luna, para recordar la tragedia de aquél día, asiste, desde hace siglos, emocionada a su cita anual en Puente-Genil. A ella se refirió con ternura, Juan Rejano, en su Romancillo del Viernes Santo, cuando dijo “La noche sandía de luna / tendrá partida en su mesa / y con solera de brisa / se embriagarán las estrellas”.

Esta luna marcará, también, el camino de vuelta de las corporaciones al cuartel, mientras la procesión va descendiendo velada y silenciosa por las calles, en la callada belleza de la soledad; cuando los corazones arrepentidos se acercan a una imagen para, en muda e íntima súplica, alcanzar el perdón. Y los hermanos en corporación caminan, cantan y rezan, embargados por una emoción y un sentimiento que trasciende la esfera de lo humano.

El Paseo del Romeral
abre sus floridos brazos
para recibir solemne
uno tras otro, los Pasos
que, meciéndose en la noche,
lentamente van llegando.

Bajo el cielo luminoso
la plaza es un gran abrazo
de campanita y de bandas,
de claveles y de nardos,
de velas y de bengalas
y de un pueblo congregado
que, sensible a la belleza
se conmueve emocionado.

Algunas corporaciones,
distintos grupos de hermanos
al principio de la plaza
ocupan todo un rellano;
capiruchos descubiertos
que apuntan a un cielo claro
por donde asoma la luna
su ancho rostro plateado
y, sorprendida y curiosa,
mira a uno y otro lado
por no perderse un detalle
de lo que allí está pasando.

En esta unión entrañable
de lo divino y lo humano
ve cruzarse las saetas,
cruzarse el vino en los vasos
un compartir de nostalgias
de sentires y de cantos
y, en un abrazo, fundirse
el presente y el pasado.

Pasada la Procesión,
con la emoción en el ánimo
comienza la retirada.
Cada grupo por su lado
-callejuelas y rincones-

hacia el cuartel caminando,
por senda de plata y sombra
que la luna va trazando:
sombra y plata en los balcones
y en los muros encalados,
sombra y plata en las ventanas,
las cancelas y los patios

El compás de la saeta
lo van marcando los palos
de los cirios al golpear
sobre el suelo adoquinado
Al parar, la cuartelera
alza su doliente canto
con voces que se entrelazan
en un rezo dialogado.
Y la Pasión de Jesús
como fondo del relato,
desde la Última Cena
hasta la Cruz y el Calvario.

(Saeta: "Cuando Jesús proponía)

A Judas que lo vendió
y lo entregó a los soldados.
a Pedro que lo negó
antes de cantar el gallo,
La sentencia, los azotes,
aquella columna fría,
a la sangre que brotaba
por cuantas venas tenía.
Y al hondo dolor de madre
que al verlo sufrió María
a quien cantan las alondras
cuando va a venir el día.

Cada trecho, una parada
y en cada parada, un canto,
el alpatana, ofreciendo
oro y cristal en los vasos.
Y la luna, desde el cielo
siguiendo fiel nuestros pasos
hasta entrar en el cuartel.

Y allí., de nuevo nos la encontramos
deslumbrante y suspendida
como un farol, en el patio.

Después...

Cuando, en la sala de juntas,
estamos todos sentados,
reflejando en los cristales
su resplandor claro y pálido
se cueca por las ventanas

y, de nuevo, a nuestro lado,
con lagrimillas de plata
de emoción está llorando
al fundirse en el ambiente
desbordante de otros años.

Ve a la Vieja Cuaresmera,
ve a Jesús, ve a nuestros Santos
y se sienta entre nosotros
como si fuera un hermano.

LA NOCHE DEL JUEVES SANTO:

Cuando, en el Jueves Santo, el cielo se duerma de amor fraternal, cuando los sonidos de la campanita, los redobles de los romanos, el paso de los bastoneros y los cohetes compongan una sinfonía afinada y perfecta, vendrá la noche de la traición a extender sus brazos sobre Puente Genil.

Jesús andará con las manos atadas y su rostro cruzado por los látigos de dos infames sayones.

La Virgen pasará del llanto a la Esperanza rota, al ver cómo la ingratitud y la injusticia han hecho mella en la espalda de su Hijo. Y Él, amarrado a una columna de mármol, se perderá por las calles en semipenumbra, envuelto en una atmósfera soñolienta de cuarteleros y cantos.

Poco a poco, irá pasando lo de todos los años, ese código no escrito que se cumple a la perfección:

- **L**a gente andará de un lado para otro, esperando la llegada de la procesión que parará en las cercanías del Genil, rumoroso en las Angosturas.
- **L**os templos, convertidos en ascuas doradas, tendrán expuesta a Su Divina Majestad en solemnes altares. Hacia sus puertas, entreabiertas unas, cerradas otras, se encaminarán las corporaciones en riguroso silencio para hacer las Estaciones. Una luna redonda llenará todo.
- **C**ampos, río, plazas y calles- con su luz de plata.
- **L**os cuarteles, en un clima mas sosegado, más melancólico, reproducirán, veinte siglos después, La Cena Pascual. Sentidas saetas y cuarteleros, otra vez las de siempre, inundarán el ambiente con sus sonidos evocadores. Un hermano bendecirá la mesa con palabras llenas de profundo sentido religioso. De nuevo, el milagro del amor renacerá en los pechos.

Mientras tanto, por los caminos angostos de las riberas un Judas de bruma y brisa vagara para traicionar al Nazareno. Pero **El**, impassible ante el cinismo del discípulo caído, volverá a convertirse en fuente de amor y vida. Sentado a la mesa de los cuarteles, volverá a reinar como Soberano del Amor Fraterno.

Cuando Cristo a los doce elegidos la traición con dolor les anuncia, Las tinieblas sus brazos de muerte ya han cruzado en el alma de Judas, Ellos sienten temor y zozobra todos se hacen la misma pregunta. Y San Juan apoyado en el pecho del Maestro con suave dulzura le interroga queriendo saber quién será el vil traidor al que acusa. Y el Rabí le contesta al Amado: -el que el pan de mi fuente consuma-. E Iscariote le moja en el plato una sopa, con cínica burla.

Cuando Judas se pierde hacia el templo, ha llegado el final de la cena. El Señor; con amor infinito, su mirada a los cielos eleva implorando en silencio a su Padre la alianza entre Dios y la Tierra. Toma el pan, lo bendice y lo parte; ya no es trigo, ni pan, ni materia, es la carne de Dios hecho Hombre que en señal de su amor les entrega. De la fruta en sazón de la vid, ha escogido la más pura esencia; la bendice y la torna en la sangre que vertida dará vida eterna.

Coplas a la Santa Cena
Pregón de Semana Santa 2.009
"La Espina" 50 Aniversario

Letra: Carlos Delgado y Jesús Álvarez
Música: Rafael Sánchez

Lento

Sólo

Quando Ju-das se-pier-debaciétem-plo, ha lle-ga-dod final de la ce-na. El Se-

ñor con a-mor in-fi-ni-to, El Se-ñor con a-mor in-fi-ni-to su mi-ra-dad le-ve a

Dios

-le-tu in-plo-ran-doen a-las ciu-das su Pa-dre las ilu-mina-ndoen y la fle-rra in-plo-

COBO

ran-doen a-las ciu-das su Pa-dre las ilu-mina-ndoen y la fle-rra. To-mael pan lo he-ndi-cey lo

par-te ya nos-tri-go-ni pan ni ma-te-ria es la car-ne de Dios he-cho hom-bre que nos se-

ñal de su amor les en-tre-ga. To-mael fru-it de su amor les en-tre-ga. De la fru-itam sa-zón de la

vid - ha-nd co-gi-do la más pu-ra-es-sen-cia; la ben-di-cey lator-naen la san-gre que ver-

ti-da dará vi-da ete-rna. la ben-di-cey lator-naen la san-gre que ver-ti-da dará vi-da

er-na

LA NOCHE DEL VIERNES SANTO EN EL RECUERDO:

El tiempo, en su transcurrir inexorable, va almacenando recuerdos que quedarán enterrados en la memoria. Para evocar tiempos lejanos, nos situaremos en la última procesión del Viernes, la que cerraba, entonces, la Semana Santa. Por aquellos años había menos boato, mayor sencillez. Quizás una forma distinta de manifestar la devoción, pero, en definitiva, los mismos entrañables sentimientos de hermandad.

Tras dejar en su ermita a Jesús Nazareno, a un Terrible de cruz de plata y cabellera al viento, se iniciaba la procesión de la noche mágica.

Romanos de luto y Gloria al Muerto, Picoruchos negros de ronco batir, arrastrar de cadenas y risas del Averno. Jesús muerto en los brazos de su Madre, la Virgen de las Angustias. Detrás, San Juan, el Santo Sepulcro y la Soledad.

Solemne dolor en el ambiente y cuerpos rotos por tres días, - que era lo que duraba una Semana Santa -, de intensísimas vivencias.

Familias enteras alrededor de sus Vírgenes. Bastoneros de humildes túnicas con olor a gasolina y la procesión extendiéndose desde el río hasta el Romeral entre interminables filas de luminarias.

La Judea, montando guardia, alrededor de sus Angustias, a la que el Imperio rendiría después, en homenaje musical, una emocionada Diana. San Juan con sus mil promesas de mocita. El Santo Sepulcro, silencio y solemnidad y... ¡la Madre de la isla!

Cuando los demás Santos ya reposaban en el Dulce Nombre, entre olor a cera quemada y flores mustias, hortelanos, de su abundante escamocho, depositaban sus más jugosos y preciados frutos alrededor la Madre. Y mientras la gente esperaba su llegada al templo, las devotas voces de las hermanas y hermanos, entonaban las coplas del Rosario de la Aurora en un ambiente indescriptible, lleno de bellas y típicas estampas. ¡Quién pudiera, en este evocador Domingo de Ramos, volver la vista atrás y sumergirse en los aromas de aquellos amaneceres de Sábado Santo!

Vuelvo la vista a una aurora
en los espejos del tiempo
para buscar en las luces
jirones de sentimiento.
Alboradas luminosas
con aromas de pan fresco,
con sonidos de matraca,
otros hombres, otros sueños
y otras voces que cantaban
sabores de otros reflejos:
Rumor de añejas vivencias,
tremor de salmos muy lentos
que desgranán las guitarras;
de violines que los versos
del rosario van llorando
con precioso sortilegio.
Un hermano: una bandera
que va besando los cielos;
el monaguillo, una cruz;
un frailecillo, los rezos,
y cien mujeres cantando

desde la plaza hasta el templo..
Y la Virgen se estremece
al ver el amor del pueblo
que a sus pies se arremolina
con muestras de amor eterno.
En una esquina un chiquillo
está vendiendo buñuelos
y tres muchachas contemplan
a un mocito pinturero
que con sentimiento entona
mas que saeta, un lamento.
Allá un hermano cansado
fuma sentado en el suelo
con el capillo enredado
entre los hombros y el cuello.
Un alpatana aguardiente
ofrece a diestro y siniestro
y un hermanito reparte
las magdalenas de un cesto.
En dos filas, muy solemnes,
muy formales y muy serios,

alumbran como columnas los
hermanos del Primero.
Blancas capas, blanco cirio;
y los capiruchos, negros.
Devoción en las plegarias,
emoción en los adentros.
Luminarias de colores,
y el pasito, lento, lento,
que para no acabar nunca
le imprimen los bastoneros.
El día por fin asoma
y da a la Virgen dos besos
con la luz más transparente
que soñara el universo.
Se ha abierto por fin la puerta
y antes de entrar en el templo
El palio canta allá arriba
su argentino tintineo,
mientras el sol, con sus rayos,
es cirio en el Monumento.

A LOS QUE SE FUERON:

Jesús Nazareno habrá cruzado ya el puente precedido por la numerosa cohorte de fieles que alumbran su caminar. Desde el Paseo de los Frailes se verá cómo se pierde dejando tras sí una estela negra de penitentes de cruz de madera y enlutado vestido que, en su caminar anónimo, recordarán cuántas gracias y bienes reparte Cristo entre los que lo buscan en las noches de la vida.

Una calle de la Plaza luminosa, renacerá, como cada año, espléndida de sol y gente. Lentamente, las figuras, intercalándose entre los pasos, dibujarán la antigua geografía de nuestras tradiciones tras el Patrón. Después, ¡bendito sea mi pueblo!, otra vez volverán San Juan y la Virgen de la Cruz a seguir los pasos del Terrible. Detrás Jesús, en su imagen de Misericordia, La Magdalena, el Centurión romano... Iconografías para la Pasión de Puente Genil que, mezcladas con el desfile de figuras y romanos, llenarán, de un especial arco iris, el medio día.

Al final, María, blanca como una lívida flor de cera, como el más tierno de los lirios, con siete puñales atravesando su corazón en el más profundo dolor, irá poco a poco inundando de belleza balcones y aceras. Un universo mecerá su traslúcido palio, en el que la plata y las lágrimas bordan un celaje divino. Desde el puente, verá la plenitud de la primavera prendida en las aguas del Genil y un río de corazones la acompañarán en el primer adiós de la tarde.

Por los tajos y laderas que desde Miragenil dan al río, la luz del recuerdo brillará en la memoria. En algún lugar del cielo azul de su manto, una sonrisa latirá como siempre. Con la ilusión juvenil que nunca le faltó. Con el empeño casi reverente por que la Virgen estuviera en la calle tan guapa todos los años. Luchando para que este mundo nuestro fuera un poquito más divino que humano. ¡Ay, hermano Rafa, cómo te añoramos!. Al igual que a los mananteros del ayer, a los viejos hermanos que se fueron y que serán hoy el motor que guíe a María por las callejas de Miragenil. Las voces de siempre, los vivos de siempre. Un universo de poetas, músicos, bastoneros, cofrades, hermanitos de luz y oraciones vagará por esta hora cenital de la nostalgia.

¿Cómo no recordar a los que se fueron a disfrutar de la presencia perpetua del Divino Rabí? A los balcones del Cielo se asomarán los saeteros de la Gloria a herir el corazón de María con sus viejas saetas. Los versos de Miguel Romero resonarán en la bóveda del cielo como música de los coros de ángeles.

¿Dónde vas, tierna paloma,
Viernes Santo de mañana,
tan hermosa y dolorida
vertiendo un raudal de lagrimas...?

Es el recuerdo la forma que tenemos los hombres de mantener vivos a los que nos precedieron. Por ellos estamos aquí. Por nosotros estarán nuestros descendientes con el mismo amor que nosotros recibimos.

En la seguridad de que subieron al cielo al son de los tambores del Imperio y de que habremos de estar algún día junto a ellos, revivimos, todos los años, nuestros ritos en su memoria.

Para los que un día subieron
tras Jesús hacia el Calvario
por un sendero de lirios;
para los que se marcharon
a velar desde allá arriba
por los que aquí nos quedamos,
hay un recuerdo encendido
en cada paso de palio,
hay un recuerdo de luto
en un varal, hecho lazo,
hay un silencio hecho rezo
y una oración hecha canto.
Hay un cohete hecho cielo,
danza de plumeros blancos,
y un redoble de tambores
de nuestro Imperio Romano.
Son recuerdo en la Diana
cuando Jesús bajo el Arco
recibe el fervor del pueblo
su calor todos los años;
son el peso del martirio
que se eleva el Viernes Santo
ante Jesús Nazareno
nuestro Augusto Soberano.

Son un silencio en el tiempo, un
silencio acompasado
con el latir de la sangre
que nos llama a recordarlos.
Ellos fueron nuestro aliento, y
fueron, también, el báculo
que guiaba los caminos
en los juveniles pasos.
Ellos estaban ahí,
con sus consejos de sabio
para que el sendero fuera
puro y ferviente, cristiano.
Cuántas veces, en sus hombros,
soportaron nuestros llantos,
nuestras dudas, nuestros miedos,
desilusiones, fracasos, ...
Ellos un día nos dieron
lágrimas, risas, cuidados
fe, sentimientos, canciones,
consejos, gloria, ... el regalo
de las mismas tradiciones
que sus padres les legaron.
Por eso dadme una copa
de Moriles perfumado,

de ese vino de La Puente
que en el ser lleva grabado
el sabor de muchos siglos
de devoción, de trabajo
para que se encienda el pecho
de emoción en cada trago.
¡Dadme una uvita de sol,
que brinde por los que antaño
Vistieron nuestras figuras,
velaron a nuestros santos,
cantaron las cuarteras
y nuestras fibras tocaron,
para que estos momentos
del gran Domingo de Ramos
en los que renace el pueblo,
en un fulgor tierno y claro
que hace del Genil un ascua,
de cada hombre, un hermano,
suba al cuartel de los Cielos
convertida en un abrazo!